

Comentario al evangelio del lunes, 12 de febrero de 2018

Queridos hermanos:

Los fariseos han sido injustamente denostados por la tradición cristiana, debido principalmente a su protagonismo en algunos incidentes entre cristianos y judíos en la segunda mitad del siglo I. Esto se refleja sobre todo en los evangelios de Mateo y Juan, que retroproyectan a la época de Jesús situaciones muy posteriores. Hoy sabemos que eran un grupo judío cumplidor, más bien humilde y popular, y que fue su prestigio religioso y moral, su preocupación por la fidelidad a la alianza, lo que los llevó a ocupar durante largo tiempo la mitad de los puestos en el sanedrín o gran consejo.

Ese carácter popular hizo que tuviesen muchos encuentros (no siempre encontronazos) con Jesús, en el que pudieron ver a un cierto competidor, pero quizá también a un posible colaborador. En varios pasajes evangélicos se nos dice que algún fariseo invita a Jesús a comer; y, por supuesto, Jesús siempre acepta, y surgen las preguntas, el diálogo... Y es significativa la ausencia de los fariseos en las narraciones de la pasión: no figuran entre sus acusadores ni actúan contra él.

La petición a Jesús de que les ofreciese algún signo demostrativo fue quizá malinterpretada ya en su tiempo. Los fariseos eran ciertamente conservadores, tirando al inmovilismo, y ya comenzaban a dar excesiva importancia a prácticas religiosas nimias (cosa que crecería enormemente en las siguientes décadas). Y en ese sentido tuvieron que sentirse interpelados y algo desconcertados por la gran novedad de Jesús, rodeado de una innegable aureola de autoridad religiosa, pero muy libre y crítico frente a exterioridades y minucias. En relación con él hay que reconocerles una actitud religiosa responsable.

Pero esa responsabilidad religiosa no los hizo “impermeables”. No cerraron los oídos a la propuesta de Jesús, por más que a veces los desconcertase; más bien quisieron cerciorarse de si las cosas serían efectivamente como Jesús decía. Debemos ver aquí una actitud de seriedad, alejada de la frivolidad de quien acríticamente se deja llevar por “lo último” como si automáticamente fuera lo auténtico o lo mejor. En la fidelidad religiosa no cabe tal ligereza. Ciertamente que la sencillez de corazón es la actitud que lleva a Dios (“le encuentran los que no exigen pruebas”: Sab 1,2); pero, frente a posibles engaños, Jesús invita a ser “sagaces como serpientes” (Mt 10,16). No hay que confundir simplicidad con simpleza; lo de Dios comporta seriedad.

Pero tal vez en el fariseísmo no todo era búsqueda de la mayor fidelidad a Dios. La comodidad de caminar por las sendas de siempre pudo pesar excesivamente, y la novedad de Jesús podía remover demasiado. Las controversias de Jesús con fariseos denotan en estos algo de “instalación”, más miedo a la desviación que pasión por el aprendizaje. Y esto nos interpela a nosotros hoy. ¿Qué capacidad

tenemos de apertura ante una nueva propuesta? ¿Qué docilidad para revisar lo ya sabido y avanzar en nuestro caminar cristianos? El Señor nos llama a *vivir*, no a un mero *durar*; a estar “en activo”, “en marcha”. ¿Será realmente imposible “la conversión de los buenos”?

Vuestro hermano:
Severiano Blanco cmf

Severiano Blanco, misionero claretiano

Publicado en Ciudad Redonda
www.ciudadredonda.org